



Ignacio Quemada (Logroño, 1963) añade a la exploración exhaustiva del programa funcional como base de su arquitectura, un guiño brillante, basado en finas y resolutivas ironías constructivas, capaces de ofrecer una perspectiva inédita de la escala y de los materiales. En esta conversación revela aspectos inadvertidos de las premiadas Bodegas Alcorta.

Carácter y lugar

"Me gusta que todo esté pensado constructivamente"

Redacción

Ignacio Quemada estudió arquitectura en la Politécnica de Madrid, donde se licenció en 1989. Trabajó en varios estudios en España y en Chicago (EE.UU.), para terminar su formación con siete años en el estudio de Rafael Moneo, que finalizaron con la obra del Kursaal de San Sebastián. En paralelo, iba presentándose a diversos concursos hasta que abrió plenamente su estudio en 1999, en la misma capital guipuzcoana.

El proyecto de mayor envergadura que ha construido es la bodega Juan Alcorta (Logroño). También ha terminado las sedes de las empresas Logisiete, en Navarra, y Tuc Tuc, en La Rioja, así como el Centro Municipal de Acogida de San Sebastián.

Ahora está construyendo la Casa de Cultura de Zumarraga (Guipúzcoa); las oficinas de Recyclair, en Álava; un bloque de viviendas en Logroño, y una finca de recreo cerca de Valladolid.

El estudio pronto empezará las obras de un centro de día y apartamentos tutelados en Zarautz (Guipúzcoa), y de una guardería y apartamentos para jóvenes en San Sebastián. Ignacio Quemada acaba de ganar el concurso para ordenar el entorno del futuro centro cultural de la antigua Tabaca-

lera, también en Donostia (ver nº38 de *Via Construcción*).

¿Qué te llevaste del Kursaal?

Mucho. Hasta entonces, casi no había tenido contacto con la obra. El trato con los clientes, contratistas y proveedores, el desarrollo de los sistemas constructivos, los avatares de una obra... eso lo aprendí en el Kursaal.

Fueron cuatro años muy absorbentes y con buenos maestros, muy provechosos.

¿Deben mucho las Bodegas Juan Alcorta al Kursaal?

Claro. En el Kursaal trabajé tan intensamente que salí con carrerilla. Justo al acabar las obras del Kursaal, empecé el proyecto de las Bodegas. Las energías que me imprimió el Kursaal me valieron luego para hacer Alcorta.

Esta deuda de un proyecto respecto a otro, es palpable en términos constructivos, pero quizás no tanto en lo espacial: en el Kursaal se concentran las cosas y, en cambio, en Alcorta parece que se disparan.

Alcorta, por las propias necesidades del programa, tenía ese factor de extensión. Lo que apetecía, en paralelo con el paisaje de los viñedos, era sacar partido a esa extensión. Las vistas



Foto: Ducoco Malagamba

Interior de las Bodegas Juan Alcorta, Logroño

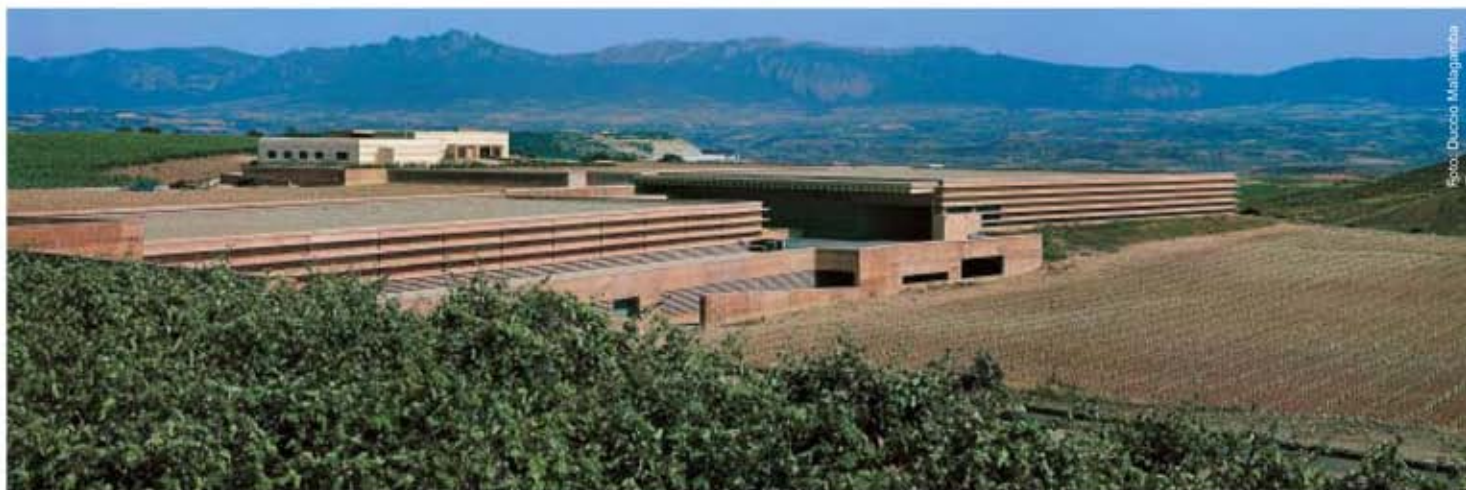


Foto: Ducoco Malagamba

Exterior de las instalaciones



Maqueta e imagen sintética del proyecto de apartamentos, guardería y parque en la finca Montpellier, San Sebastián

continuas y repetidas... se trataba de exagerarlas en lugar de recortarlas. Buscando además contagiar la horizontalidad y serenidad de los viñedos a los espacios en los que el vino se elabora y descansa.

También es cierto que, al final, exagerando, acabas empujando los espacios en su apariencia. La gente, cuando visita la obra, dice: "Es que no parece tan grande como es". Esa es una de las cosas que aprendí en el Kursaal: en las obras grandes es bueno repetir mucho y no disiparte en cada detalle; porque repitiendo acabas marcando una pauta que te ayuda mucho, y llega un momento en que los detalles salen solos.

¿Usas mucho lo de repetir, no sólo en edificios grandes?

Todo lo que puedo. La mayor parte de los edificios que construimos en el estudio están muy modulados. Como repetía Sáenz de Oiza: "A quien modula, Dios le ayuda". Una de esas frases de las que te acuerdas siempre. Por supuesto, entendiendo el módulo

no sólo métricamente, sino como unidad espacial y constructiva, respuesta sintética a las necesidades de programa, estructura, instalaciones...

En tu arquitectura, ¿es permanente la decisión de ir siempre sobre lo seguro; ese material que, aunque raro, ya conoces, sabes su medida...?

Cuando estoy desarrollando el proyecto, si puedo, pienso mucho de partida no sólo en lo que a mí me interesa, sino también en cómo se va a construir. ¿Vamos a tener una sola constructora? ¿Con qué gente vamos a contar? Porque eso te condiciona mucho. Por ejemplo, si para hacer la fachada sé que puedo contar con un determinado industrial, me atrevo más a embarcarme en ello porque sé que hay profesionales que me van a ayudar.

Si es posible, me gusta desarrollar los proyectos de ejecución con los propios industriales. Es una forma de hacer viables soluciones particulares, frente a la alternativa de recurrir a las más convencionales.

¿Eso te limita a la hora de asumir encargos o concurrir a concursos públicos?

No. Haber desarrollado mucho el proyecto constructivamente siempre te ayuda en la obra. Si llegas a construir con los mismos industriales, ya tienes camino andado. Si lo haces con otros, también, porque el proceso de desarrollo constructivo te ayuda a establecer qué hay que mantener a ultranza, qué se puede alterar y qué desarrollar para conseguir los objetivos del proyecto.

Usar ese material, como decís, conocido, me ha ayudado. Por ejemplo, en las Bodegas Alcorta, los prefabricados, que en principio contratamos con la empresa Precon, fueron los forjados, los pilares y las vigas. En ese momento el proyecto estaba sin desarrollar. Cuando empecé a pensar cómo hacer las fachadas y las particiones interiores, me vino la idea de que las mismas placas que nos estaba haciendo Precon para los forjados, también se podían utilizar para las fachadas. No lo tenía pensado previamente; fue un acto de bricolaje, de usar lo

que tienes a mano. Finalmente, fue mucho más un estímulo que un corsé.

Da la sensación de que las Bodegas Alcorta son una obra que se hizo directamente sobre la misma obra.

Pues sí, se fue proyectando a la vez que se construía. En el mes de noviembre se produjo el encargo. Luego tuvimos un mes para ajustar el equipo de colaboradores. En febrero, acabamos el proyecto básico y empezamos a excavar en mayo. En ese momento, lo único que teníamos hecho del proyecto de ejecución era el movimiento de tierras. Hablamos trabajado en maqueta cómo encajar los volúmenes en el lugar, pero la definición ejecutiva del edificio estaba sin empezar.

Sin embargo, la uva de la cosecha de 2001 tenía que entrar 16 meses después. Esta condición imponía la estructura prefabricada, y ahí comenzamos a tantear la extensión de la prefabricación a las fachadas y particiones. La verdad es que hicimos todo sobre la marcha. Tuve la suerte, personalmente, de poder concentrarme en esa obra al cien por



Imagen sintética del proyecto de ordenación del entorno del futuro centro cultural de la antigua Tabacalera, San Sebastián



Foto: Duccio Melagamba

Interior de la sede corporativa de Tuc Tuc, Lardero (La Rioja)



Foto: Duccio Melagamba

Perspectiva exterior del edificio de la empresa Tuc Tuc

cien. Teníamos sólo otro proyecto en el estudio. Si no, habría sido imposible.

Tuviste que vivir prácticamente en la obra...

Una media de tres viajes a la semana entre San Sebastián y Logroño; cuatro horas de viaje cada día, sumadas a las visitas a la obra y las reuniones con la propiedad y el equipo de colaboradores. Muchos arquitectos saben lo que eso supone.

¿El cliente fue cómplice?

Sí. En realidad, eran dos clientes. Uno, eran los ingenieros industriales de la bodega y los enólogos, con quienes trabajamos toda la zona de producción. El otro, eran las personas del departamento de marketing, con quienes trabajamos la zona social y las oficinas.

"Me gusta desarrollar los proyectos de ejecución con los propios industriales"

El ritmo fue muy distinto. La gente de producción sabía muy bien lo que necesitaba y el poco tiempo de que disponía; engranamos muy bien y trabajamos rápido. Esta obra fue satisfactoria también por eso, porque fue un trabajo en equipo con la gente de la bodega. Los enólogos y el personal de producción eran clientes pero, a la vez, usuarios. Su participación en el proyecto fue tan activa desde el principio, que ellos se sienten tan autores de la obra como el arquitecto. Y con razón.

En cambio, lo de marketing fue más complicado. Dimos muchas vueltas a cómo enseñar el edificio. Finalmente, establecimos dos premisas. La primera, que se pudiera visitar la bodega sin interferir en el trabajo diario, generando un recorrido alternativo. La segunda, que los visitantes iban a poder ver cuál era el funcionamiento real de la bodega, sin trampa ni cartón, sin simulaciones ni decorados, sin enseñanza algo diferente, y quizás más parecido a lo que se esperaban de una bodega, de lo que es un proceso productivo del siglo XXI.

Para el arquitecto es un ejercicio muy estimulante, pues supone convertirse casi en director de cine, imaginando la secuencia completa de espacios, los contrastes entre ellos, los juegos de tamaño, luz y color. Y añadiendo además los ingredientes propios de una bodega: los olores, el silencio, las sensaciones térmicas. Un filón.

Los ingredientes que empleas en tu manera de trabajar, ¿cómo se combinan? ¿Están más en la escuela, en ese momento en que estás encerrado en el estudio o en la obra?

No estoy en la escuela. Me atraen más el estudio y la obra. La verdad es

que con la obra y lo que la rodea, disfruto mucho.

¿Cómo es la construcción de tu estudio? ¿De dónde proceden las personas que colaboran contigo?

De los cuatro arquitectos (tres son mujeres) que trabajan en el despacho, tres son de la Escuela de Pamplona y el cuarto, de la de San Sebastián. Uno lo encontré a través del banco de trabajo de la Universidad de Navarra; los otros tres vinieron buscando trabajo. Dos de ellos, Leticia y Maitane, llevan aquí más de cuatro años.

Creo que San Sebastián tiene el tamaño adecuado para que los jóvenes se mantengan informados entre ellos del trabajo que hay en los estudios locales.

¿Cómo organizas el trabajo del estudio?

Trabajamos en todo tipo de proyectos de edificación, sin limitación de tipologías ni en cuanto a tamaño, ya que contamos con colaboradores habituales, tanto ingenierías de instalaciones, como calculistas de estructuras, aparejadores, etc., reservando para el estudio, donde todos somos arquitectos, el trabajo propio de arquitectura y coordinación.

Intento que todos estén al tanto de todos los proyectos; es una ventaja de los estudios pequeños. Aunque cada uno se concentra en lo que está haciendo. Me gusta que la gente que lleva más tiempo controle los proyectos de principio a fin.

De todo lo que es obra, de momento me encargo yo, así como del trabajo burocrático, lo menos apetecible; también me lo trago (sonríe).

¿Te incomodan los cambios normativos? ¿Has aprendido el Código Técnico de la Edificación?

La verdad es que son temas que no me apeten nada, supongo que como a casi todos. No obstante, soy consciente de que son cosas que hay que sabérselas al dedillo, sobre todo por la cantidad de tiempo que pierdes en los proyectos si no contemplan las normativas desde el principio. Hemos ido todos a varios cursos sobre el Código Técnico, pero lo aprenderemos con la práctica, espero.

¿Qué papel dejas a la tecnología en el proyecto y en tu manera de trabajar?

En mi manera de trabajar, hasta ahora no he sido un entusiasta de la alta tecnología; usamos los ordenadores de manera instrumental. Sin embargo, acabamos de recibir el encargo de un edificio tecnológico, sede de una empresa de servicios de Internet, y nos vamos a meter de lleno en ese ambiente, como hicimos para proyectar la bodega. El proyecto, el cliente y los colaboradores, prometen.

En cuanto a los aspectos tecnológicos de la construcción, los detalles constructivos, las instalaciones... los trabajamos mucho. Me gusta que todo esté pensado constructivamente.